

Marco Aurelio, filósofo y emperador

Carlos García Gual

*(Catedrático de Filología Griega,
en la U. N. E. D., MADRID)*

MORIR EN LA FRONTERA DEL DANUBIO

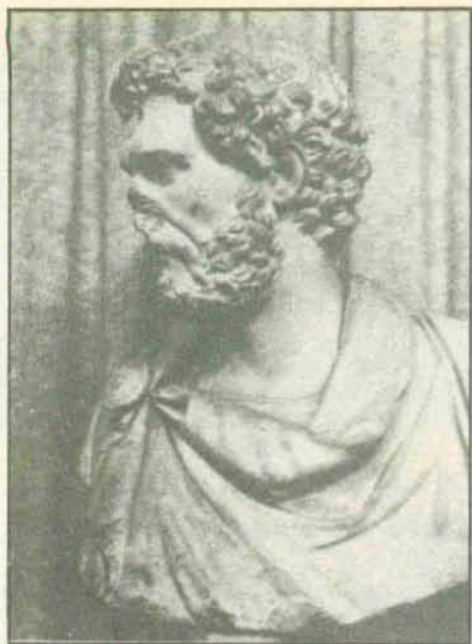
Marco Aurelio murió en Vindobona (Viena) el 17 de marzo del año 180 de nuestra era. Murió en el campamento militar, al frente de sus tropas romanas, en aquella frontera turbulenta en la que había pasado largos años combatiendo a los bárbaros. Acaso murió de la peste, acaso agotado por una enfermedad más lenta y por la excesiva fatiga. De salud enfermiza (al parecer tenía una úlcera crónica de estómago) se había visto envejecer en aquellas interminables campañas en el **Limes** danubiano, en esas comarcas boscosas y frías, tan lejos de Roma. Contra los marcomanos, los

cuados, los sármatas y los yáziges había combatido en los largos períodos (de 169 a 175 y de 177 a 180), defendiendo con éxito las amenazadas fronteras. Pero los repetidos triunfos no significaban nada definitivo. Las hordas de los enemigos parecían multiplicarse y desaparecer, como en una pesadilla, en las márgenes del gran río, entre las nieblas grises. A su vez los marcomanos (de la Bohemia), los cuados (de Moravia y Eslovaquia), y los sármatas (de la llanura húngara), se veían presionados por otros pueblos que caían sobre sus espaldas: los semnones, los burgundios, los vándalos y los hasdingos, y, más allá, los godos. Las duras campañas y las victorias penosas de Marco



Mapa del Imperio Romano en el siglo II.

Busto de
Antonino Pío.
Siglo II d. C.
Roma (Museo
Nacional).



Aurelio contuvieron de momento el avance de aquellos bárbaros que ya en el 166 habían llegado en una incursión audaz hasta Aquilea y en el 170 (los costoboscicos) habían incendiado y saqueado la santa Eleusis a las puertas de Atenas. Pero tal vez el Emperador sospechaba que no había hecho más que detener los preludios del alud, la avalancha que luego, siglos después, descuartizaría el Imperio.

Marco Aurelio iba a cumplir cincuenta y nueve años, y regía el Imperio desde hacía diecinueve. Habían sido unos años de tremendas tribulaciones. La paz que, dejando aparte pequeñas escaramuzas en las amplias fronteras, el Imperio había gozado desde el 117, se había quebrado apenas Marco Aurelio asumió el mando. Del 161 al 166 fue la guerra en Oriente contra los partos. El ejército romano, cuya dirección nominal llevaba el coemperador Lucio Vero y cuyo mando efectivo estaba desempeñado por veteranos generales como Estacio Prisco, Pértinax y, sobre todo, Avidio Casio, obtuvo una memorable victoria final. En 166 los dos emperadores habían celebrado en Roma un espléndido triunfo por las campañas contra los partos, los armenios y los persas, y Marco Aurelio añadió a sus títulos de gloria los calificativos de **Armeniacus**, **Parthicus** y **Medicus**, como más tarde los de **Germanicus** y **Sarmaticus** en recuerdo de las victorias de los ejércitos romanos. Pero el fin de la guerra en Asia no fue feliz. El ejército victorioso, que había destruido Seleucia y Ctesifonte, volvió trayendo consigo la peste, que asoló Italia. Esa terrible epidemia del 167 causó tal mortandad que algunos historiadores modernos consideran que la despoblación subsiguiente fue una de las causas de la decadencia irreparable del Imperio. Unos años antes se

había desbordado el Tíber causando terribles estragos y una epidemia de hambre en Italia. Por otra parte, al frente de todo el Oriente, incluyendo Egipto, quedó el hábil Avidio Casio, que años después, en 175, iba a sublevarse y pretender el trono imperial, en la conspiración más tenebrosa de la época.

Y en 167 los marcomanos avanzaron hacia el sur. La Nórica, la Panonia y la Dacia iban a ser escenario de largas guerras. La primera guerra germánica abarcó del 169 al 174, la primera guerra sarmática desde el 174 y 175, y en 177 comenzó la segunda guerra germánica. Las tropas romanas sufrieron algunos descalabros y obtuvieron importantes victorias, pero las paces no remediaban la desolación y la amenaza constante que pendía sobre las fronteras del Rin y el Danubio. Con todo, a costa de grandes esfuerzos, las campañas dirigidas por el Emperador en persona lograron detener las primeras oleadas de las invasiones bárbaras, y asegurar por algunos decenios los confines del **limes** romano.

En los diecinueve años de su reinado, Marco Aurelio tuvo que enfrentarse a terribles calamidades naturales, como las inundaciones del Tíber, la peste traída de Oriente, el hambre y la despoblación, y los desastres subsiguientes de la economía. Diecisiete años de guerra en diversos frentes obligaron a este Emperador, tan educado para la paz, a pasar largo tiempo en los escenarios bélicos, lejos de la capital. El, que apenas había salido de Roma, que no tenía ninguna formación militar, tuvo que asumir la dirección de las operaciones en aquellas comarcas de clima hostil y contra aquellos feroces enemigos.

Conviene no olvidar este aspecto de su figura. Este intelectual, el docto filósofo adoctrinado por maestros estoicos, fue un formidable guerrero, sin ser un profesional de la milicia, como otros emperadores como Septimio Severo o Diocleciano, por ejemplo. Este hombre enfermizo, que tomaba pequeñas dosis de opio para mitigar sus dolores crónicos, viajaba con su estado mayor a los lugares del Imperio donde el peligro reclamaba su presencia. La estatua ecuestre hoy en el Capitolio y algunas otras lo representan armado con la coraza y en la actitud firme de un guerrero. Sin duda merece ser representado así. Supo llevar un ejército en las terribles circunstancias del 167, cuando la peste había diezmado no sólo las tropas, sino toda la población de Italia, cuando el erario público estaba exhausto, a costa de una movilización general y de la subasta pública de, mobiliario y las joyas de la familia imperial. (Para escándalo llegó a exigir que se enrolaran hasta los gladiadores de

Roma, privando a las masas de sus ídolos circenses). Y venció una y otra vez a los bárbaros y a las circunstancias adversas.

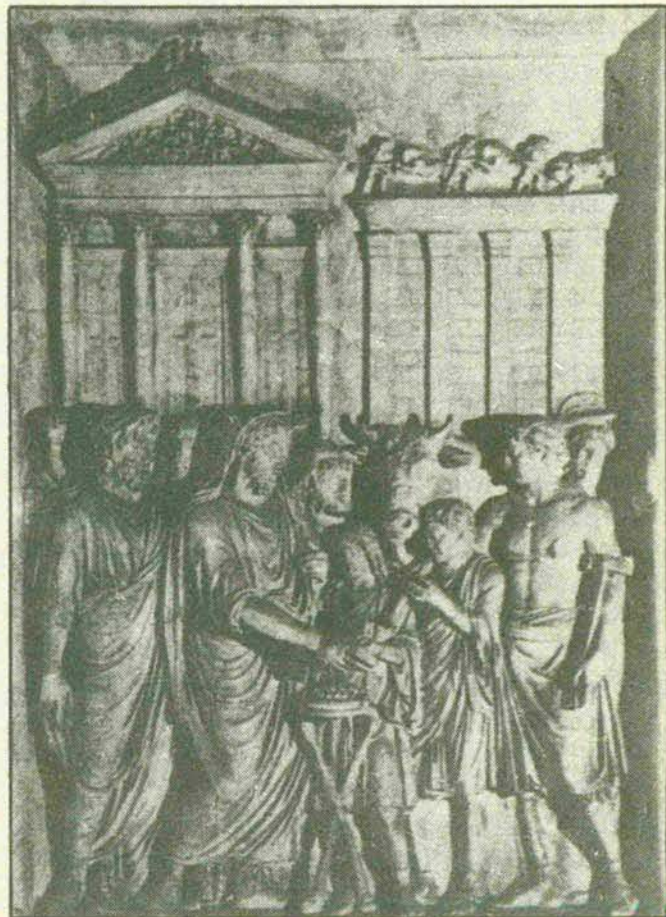
EL HEREDERO IMPERIAL: COMODO

Marco Aurelio dejaba, al morir, designado claramente a su sucesor en el trono: su hijo Cómodo, de dieciocho años, que estaba allí a su lado, en el frente danubiano. El bello, rubio y atlético Cómodo era el único varón superviviente entre los trece hijos de Marco Aurelio y Faustina (seis o siete de los hijos murieron muy niños y aún vivían cuatro hijas, casadas con personajes importantes del Imperio). Con la subida al trono del joven príncipe, «nacido en la púrpura», se rompía la tradición de la sucesión por adopción que había sido característica de la dinastía de los Antoninos, desde la elección de Trajano por Nerva. Los historiadores señalan, sin embargo, que esa designación del «más óptimo» estaba bastante limitada a un círculo de amigos y familiares y que Marco Aurelio era el primer Antonino con descendencia masculina. No haber reconocido a Cómodo como príncipe heredero hubiera significado una grave perturbación y acaso una guerra civil. Por otro lado, el joven príncipe había recibido una esmeradísima educación,

y los rumores sobre su bastardía son probablemente una invención posterior, provocada por su escandalosa conducta. (¿Cómo iba a suponerse que un monstruo tal procediera del virtuoso emperador? Sería el producto de un amorío adúltero entre la frívola Faustina y algún robusto gladiador, de quien Cómodo habría heredado sus aficiones y vicios). En todo caso, Cómodo se iba a revelar en seguida como un desenfrenado y feroz déspota, dominado por una singular pasión por los espectáculos circenses y la megalomanía. (Bajo a la arena a combatir junto a los gladiadores centenares de veces y quiso ser adorado como una reencarnación romana de Hércules, y revivió la costumbre de degollar a senadores y otros notables por motivos frívolos, llegando a designar hasta a veinticinco cónsules en un solo año). Era un digno rival de Nerón, Calígula, Domiciano y Heliogábalo en cuanto a extravagante y sanguinario. Su primera decisión importante fue concluir un acuerdo de paz con los bárbaros que le permitiera retirarse a gozar de las fiestas de Roma. Los historiadores modernos no critican demasiado esta decisión, que significaba renunciar a la creación de nuevas provincias romanas (la **Marcomanía** y la **Sarmatia** que tal vez había proyectado crear su padre, cuando en 175 fue reclamado a



Bárbaros arrojados ante el emperador Marco Aurelio. (Relieve de un arco erigido en 176 para celebrar el triunfo sobre los germanos y los sármatas. Roma. Palacio de los Conservadores).



Marco Aurelio realizando un sacrificio frente al templo de Júpiter Capitolino. (Museo de los Conservadores, Roma).

Faustina la Menor,
esposa de Marco
Aurelio. (Roma.
Museo
Capitolino).



Oriente por la rebelión de A. Casio). El ejército romano no hubiera podido mantener aquellos territorios al norte del Danubio, por falta de hombres ante el acoso de los sucesivos invasores. Pero en todo caso, el abandono de la campaña, tras la firma de un tratado de paz un tanto vergonzante para las tropas victoriosas, se debió al designio personal del joven Emperador, que no estaba dispuesto a sacrificar su vida y sus placeres, como había hecho su padre, en aquellos combates por las fronteras del Imperio. De todos modos las victoriosas campañas de Marco Aurelio servirían para infundir un respeto y temor a los bárbaros durante años, y las fronteras que los largos casi cincuenta años de paz anteriores a su gobierno habían enmohecido quedaban ahora mejor pertrechadas de tropas veteranas. En contra de la opinión de algunos generales, como por ejemplo la de su cuñado Cl. Pompeyano, esposo de la hija mayor de Marco Aurelio, Lucila, Cómodo decidió alejarse de los marcomanos y regresar, como triunfador, a Roma. Su reino no conoció los desastres que afligieron muchos años del de su padre. La administración de las provincias y la disciplina de los ejércitos que había heredado siguió siendo efectiva bajo el reino del nuevo Emperador, que se dedicó impunemente a espectaculares diversiones y tuvo accesos de entusiasmo místico.

Creó su propio culto como **Hércules Romanus** y se proclamó **Felix, Invictus** y **Amazonius**. Tenía preparado un curioso festejo para el comienzo de 193, en el que pensaba sacrificar a los dos cónsules electos y recorrer Roma en un nuevo cortejo triunfal, seguido de sus gladiadores, cuando fue asesinado por su esclavo, el favorito Narciso, seguramente de acuerdo con su amante, la «cristiana» Marcia, en el baño, en la última noche del año.

Es difícil saber tan de lejos si el viejo Marco Aurelio en su lecho de muerte preveía que al dejar el Imperio en manos de Cómodo arriesgaba el futuro de Roma. Es atractivo, sin embargo, imaginar que de algún modo el estoico



Aureo de
Marco Aurelio.
(Medallero del
Castillo
Sforzesco).

Marco apostó por ese joven irresponsable, y que acaso pensó que con él tendría la plebe romana, que tanto le había criticado por su afán filosófico y por su austeridad, un gobernante a su medida. (Es curioso que uno de los motivos de la censura popular era que a Marco no le gustaban los juegos de gladiadores, apenas iba al Circo, y otras veces aprovechaba la visita para despachar, en el fondo del palco imperial, la correspondencia y otros asuntos, lo que irritaba al público.

También se había murmurado mucho contra él cuando hizo enrolarse a los gladiadores o redujo los privilegios de los artistas. «¿Acaso pensaba obligarlos a que se dedicasen a la filosofía?». Se recuerda sólo una innovación de Marco Aurelio relativa a los espectáculos, al margen de sus reducciones en los gastos de los mismos: obligó a los equilibristas a trabajar con una red de seguridad, tras haber presenciado la muerte de un niño en una caída). Con Cómodo los partidarios del «**panem et circenses**» ante todo no podrían quejarse.

El historiador Herodiano, que escribió a mediados del siglo III una **Historia del Imperio tras Marco Aurelio**, nos cuenta su último discurso, desde el lecho de campaña a sus generales, en el que les encomienda a su hijo y les indica que en sus manos está la arriesgada elección entre una conducta noble o una vida desenfrenada. Pero los historiadores actuales, en su mayoría, suelen considerar este discurso como una invención literaria de Herodiano, deseoso de dramatizar la escena de la despedida del mundo de M. A. El destino, que tan irónico y cruel fue siempre con el emperador estoico, al ofrecerle triunfos guerreros en lugar de una vida de intelectual, al trocar en desdicha algunos grandes momentos, con la peste tras la victoria en Persia, con la muerte de tantos familiares, entre ellos su querida Faustina y todos sus hijos varones, etc., lo fue en extremo al conservar a su lado a Cómodo, que parecía querer vengar, con sus excesos, los excesos de virtud de su padre.

EL SENTIDO DEL DEBER COSMICO DE UN ROMANO

No es la conducta personal de un gobernante, por más que sea un Emperador de Roma, el elemento decisivo en los rumbos del proceso histórico de una nación o de un Imperio. Algunos historiadores recientes (R. Rémondon, M. Mazza, P. Petit) señalan el comienzo de la crisis definitiva del Imperio Romano en los tiempos del gobierno de Marco Aurelio. Desde luego ya en él aparecen algunos síntomas alarmantes de los amplios procesos que llevaron al desmoronamiento de ese gran sistema político: las guerras en las fronteras contra los bárbaros, epidemias que diezman la población, crisis económicas graves, etc. Sin embargo, es necesaria una notoria torpeza para no advertir cómo el esfuerzo y la firme decisión de sostener el poder y la cohesión del Estado por parte del emperador-filósofo lograron, al menos, retardar un proceso de decadencia tal vez inevitable. M. Aurelio contaba aún con elementos importantes para esta titánica empresa: la buena administración territorial, basada en parte en las aristocracias ciudadanas locales, la colaboración con el Senado, formado en gran parte por provinciales dispuestos a servir al gobierno, y la disciplina de los ejércitos. Todo eso se irá degradando sucesivamente, a partir del reinado de Cómodo. No sin razón escribió Dion Casio que, con la subida al trono de éste, se había pasado «de un reinado de oro a una época de hierro y herrumbre».

Ciertamente la época de los Antoninos, desde la entronización de Nerva hasta la muerte de M. Aurelio, fue la mejor del Imperio. Los cinco emperadores sucesivos, procedentes de familias acomodadas de las provincias occidentales, de Hispania y la Galia, llevaron el Imperio hasta sus máximos confines, estabilizaron la economía, y obtuvieron cerca de cincuenta años de paz. Todos ellos tuvieron una idea clara de que su vida estaba al servicio del Estado, y esa conciencia de la servidumbre del Emperador se expresa en la actuación de Marco Aurelio de modo deejemplar.

«El emperador personificaba, por decirlo así, al Imperio, y de este modo su poder y su persona eran sagrados, y él mismo era objeto de veneración religiosa. La majestad del Imperio encarnaba en él. No era el dueño del Estado, sino su primer servidor; el servicio del Estado era su deber. Cuando estaba en el ejército tenía que soportar todas las penalidades de la vida militar, como un simple soldado. Cuando residía en la capital tenía que atender a sus obligaciones de gobernante y laborar afano-

samente, día y noche, por la seguridad y la prosperidad del Imperio. Su vida tenía que ser, así, la de quien ha sido llamado a altos destinos, no la de un simple mortal; mas, sin embargo, debía ser modesto y moderado en grado sumo».

«Trajano, el gran guerrero y conquistador; Adriano, el intelectual, el hombre de refinado gusto artístico, el último gran ciudadano de Atenas, el romántico entronizado; Antonino Pío, el buen burgués itálico del orden senatorial, sin intereses intelectuales, pero dotado de un sano sentido común y de un gran sentido del humor; Marco Aurelio, el grave filósofo, que vivía en sus libros y para ellos y estimaba el pensamiento abstracto como el máximo goce de la vida; todos ellos, a pesar de sus marcadas diferencias de carácter, siguieron en su actividad imperial las mismas normas» (1).

Me parece que Rostovtzeff acierta muy bien al querer definir la actitud de estos singulares personajes, y por ello lo he citado. No es menos obvio que la conducta de Cómodo significa un rechazo de esa postura que ninguno de los emperadores del siglo III, terrible ya, logrará emular (aunque tanto Septimio Severo como sus hijos traten de evocar alguna vinculación con Marco Aurelio, proclamándose S. Severo hijo adoptivo suyo, y tomando su nombre Caracalla, Elagábalo, y Severo Alejandro).

Esa conciencia de que el Emperador ha de ser el primero en cumplir con el deber de servir a la comunidad, que es el Imperio de Roma y el mundo humano, está reiteradamente expresa en la obra de M. A. En su actuación como gobernante, como legislador, y como soldado, pero también en su obra escrita. Una y otra vez repite la tesis estoica de que el mundo es un organismo del que somos miembros y que la

(1) M. Rostovtzeff, *Historia social y económica del Imperio Romano*, I, Madrid, Espasa-Calpe, 1961, I, pp. 236-237.



Detalle del fresco de la columna de Marco Aurelio (Anderson).

Busto de Lucio Vero, hallado en Acqua Traversa, en vía Cassia, en Roma. (París, Museo del Louvre).



Busto de Marco Aurelio, hallado en Probalinthos, en Atica. (París, Museo del Louvre).



Providencia Divina tiene atención del todo y no de los individuos, que sin embargo debemos colaborar en la salvación del conjunto. Ya Epicteto había dicho que «el todo es más importante que la parte y el Estado que el ciudadano» (**Diatribas** II.10). Cumplir, pues, con la tarea encomendada, como ciudadanos de Roma y del mundo, sin grandes aspavientos —«ni actor trágico ni prostituta»— es el deber básicos. «A todas horas, preocúpate resueltamente, como romano y como hombre, de realizar lo que tienes entre manos con puntual y no fingida gravedad, con amor, libertad y justicia, y procúrate tiempo libre para escapar de todas las otras distracciones. Y conseguirás tu propósito si ejecutas cada acción como si se tratara de la última de tu vida, desprovista de toda irreflexión, de toda aversión apasionada que pueda alejarte del dominio de la razón, de toda hipocresía, egoísmo y despecho ante lo que te depare el Destino» (**Meditaciones**, II, 5). El destino de cada hombre está relacionado con el del Universo y todos los hombres pertenecemos a una misma familia, emparentados por la condición racional (id. II, 4). «Sea el dios que en ti habita guía de un hombre respetable, un ser cívico, un romano y un magistrado que se ha asignado su propio puesto, como cualquiera que aguarda el toque de retirada de la vida, expedito, sin necesidad de juramentos ni de testigo ninguno. Mantén un semblante sereno y vive sin necesidad de ayudas externas ni de la tranquilidad que procuran otros. Pues hay que ser recto, no enderezado» (id., III, 5).

LAS «MEDITACIONES» DE MARCO AURELIO

Los apuntes personales de Marco Aurelio, a los que los editores modernos suelen dar el título de «Meditaciones» o el, un tanto pascaliano, de «Pensamientos», forman un breve volumen

(tradicionalmente dividido en diez libros, de pocas páginas) (5). Están escritos en griego, lengua aprendida en la niñez y más propia de la filosofía que el latín cotidiano del emperador, y su título original es muy modesto: **Eis heauton**, «De sí mismo» o «Para sí mismo». (Tal vez lo había designado así el secretario que ordenó los papeles del monarca). Es un libro singular en la literatura antigua: una especie de manual de máximas de consolación, una serie de pensamientos y confesiones escritas en los últimos años de su vida, en la soledad de la tienda del campamento militar, con una sinceridad y una entereza incomparables. No tienen estos apuntes personales la estructura retórica de las **Confesiones** de San Agustín, ni son tampoco un diario (ya que no hay referencia a fechas ni a sucesos concretos), y como breviario espiritual —a manera de una **Religio Principis**— carecen de un esquema previo de composición. Las meditaciones de M. A. se eslabonan un tanto al azar. Son reflexiones de base filosófica, guiadas por los preceptos estoicos, y por las lecciones de Epicteto, pero motivadas por el vivir áspero y desilusionado. M. A. no tiene la vivacidad de Epicteto (que hablaba a jóvenes discípulos con imperturbable energía); se ha dicho, con razón, que el Emperador se encontraba más solo que el esclavo. Tampoco tiene el estilo brillante y barroco de Séneca. Es un tanto monótono y cortante a veces, pero eso refleja mejor su grandeza de ánimo y da a sus líneas una autenticidad admirable. No es un maestro de ética ni un profesor de filosofía el que redacta esas máximas, sino un hombre solitario que se ayuda de ellas para vivir y para consolarse y convencerse de que debe actuar, sin esperar recompensas ahora ni luego, con la dignidad de un estoico.

Hay que considerar a Marco Aurelio en la justa

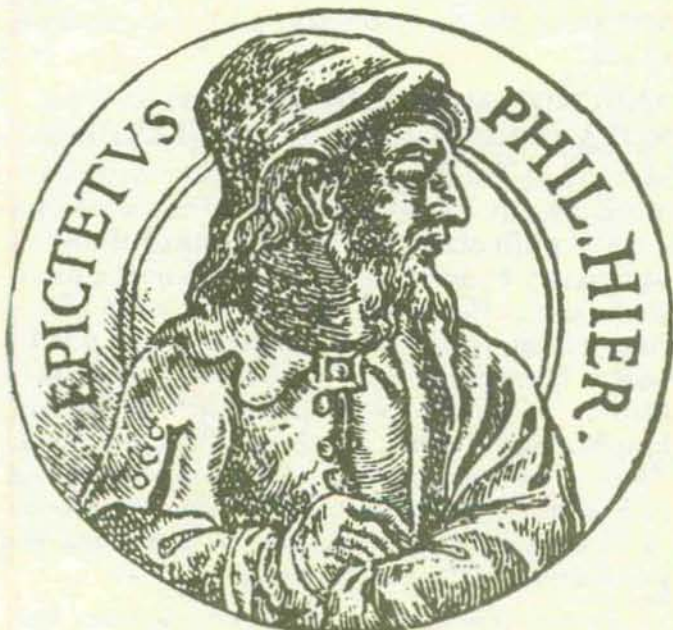
perspectiva. No es un intelectual ni un filósofo sistemático que alcanza el máximo poder. Es un temperamento meditativo y un romano muy bien educado en la tradición filosófica estoica que se vio condenado, desde la niñez, a asumir las cargas del poder imperial.

Era aún adolescente cuando Adriano lo designó como su sucesor. Adriano era amigo de sus abuelos y sintió una admiración extraña por el carácter del muchacho, a quien, jugando con el cognomen familiar de Verus, llamaba «**Verissimus**». Esa condición de «sincerísimo» no parece una virtud muy oportuna para un estadista. Tal vez fue una ironía más del inquieto y refinado Adriano escoger a M. A. para emperador y encomendarlo a la custodia de Antonino Pío, un hombre admirable, que en el aspecto intelectual era muy diferente de uno y de otro. En todo caso, me parece muy significativo que M. A., que en el libro I de sus **Meditaciones** evoca a todos aquellos que significaron algo en su formación y su vida, para agradecerles generosamente su afecto, no recuerde para nada a Adriano, que le legó la nominación para el Imperio. (Sólo evoca a Adriano, muy de paso, en dos o tres lugares, para recordar cómo pasan las pompas y glorias humanas). Como observó E. Renan, «Marco Aurelio fue designado tan joven, que la idea de reinar apenas se inició en él, y no ejerció sobre su espíritu la más mínima seducción. A los ocho años, cuando ya era jefe de los sacerdotes salios, se fijó Adriano en este joven dulce y triste,

y lo amó por su buen natural, su docilidad y su incapacidad para mentir. A los dieciocho años tenía seguro el imperio. Lo esperó pacientemente por espacio de veintidós. La tarde en que Antonino, sintiéndose morir, ordenó que llevaran a la cámara de su heredero la estatua de la Fortuna, él no experimentó por ello ni sorpresa ni alegría. Después de largo tiempo, estaba hastiado de todos los goces, sin haberlos gustado; había comprendido mediante la profundidad de su filosofía su absoluta vanidad» (2). Esa imagen melancólica que Renán sugiere en su famoso libro **Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo** (1882) destaca bien ese rasgo esencial de su figura (3). No es tampoco M. A. un intelectual que intente aplicar nuevas recetas al gobierno; no cree en drásticas mejoras ni en utópicos remedios (4).

El viejo Platón había dicho que la ciudad sería feliz cuando los filósofos fueran reyes o los reyes se hicieran filósofos. Pero M. A. no tenía esperanza en las soluciones idealistas. Fue en política y religión un conservador, tal vez, como Borges, por escepticismo. Conviene citar aquí un célebre pasaje de las **Meditaciones** (IX, 29): «No esperes la **República** de Platón, sino que conténtate si avanzas un mínimo, y considera tu progreso algo importante. Porque la forma de pensar de los demás, ¿quién va a cambiarla? Y, al margen de un cambio de creencias, ¿qué hay sino esclavitud de unas gentes que gruñen y simulan obedecer? Ve ahora y cítame a Alejandro, a Filipo y a Demetrio de Falero. Los seguiré si es que comprendieron lo que quería la Naturaleza Universal y se educaron a sí mismos. Pero si hicieron de actores trágicos, nadie me ha condenado a imitarlos. Sencilla es, y modesta, la tarea de la filosofía. No me desvíes a humos de vanagloria».

Sin «cesarizarse», supo continuar la labor



Epicteto (Hierápolis, Frigia hacia el 50 d. C. Nicópolis, Epiro, entre el 125 y el 130). Filósofo estoico. En Roma fue esclavo del liberto Epafrodito, bajo el reinado de Nerón. Por orden de Domiciano (94) hubo de abandonar Roma, refugiándose en el Epiro, donde murió. Un discípulo suyo, Flavio Arriano, recopiló sus enseñanzas en el «Manual» o «Enquiridión». De entre ellas, acaso una de las que más influyeran en la personalidad del joven Marco Aurelio fuera su célebre máxima «Soporta y abstente» o «Lo que es bueno es conforme a la naturaleza».

(2) E. Renán, **Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo**, trad. esp.^a Bs. Aires, 1965, ed. A. Zamora, P. 13.

(3) También tiene una pátina crepuscular la evocación novelesca de la atmósfera romana de la corte imperial y de la figura de M. A. en la célebre novela de Walter Pater, **Marius the Epicurean** (1885).

(4) La época de los Antoninos conoció un espléndido renacer de los estudios filosóficos y literarios. M. A. instituyó en Atenas cuatro cátedras oficiales de Filosofía, una para cada representante de las cuatro grandes escuelas: la Academia, el Liceo, el Jardín y la Estoa. Pero el movimiento cultural más importante del siglo fue el de la «Segunda Sofística», a la que pertenecen Elio Aristides, Herodes Atico, el médico Galeno, etc., que estaba marcado por dos rasgos básicos: la imitación de los clásicos y el predominio de la retórica. Es significativo que en un tiempo de retóricos, desoyendo los consejos de su amigo y maestro Frontón, M. A. optase por la sinceridad y sencillez de expresión y por la filosofía sin aparato escolar. (Al margen de los figurones de la Segunda Sofística, los dos escritores más sugestivos del momento para nosotros han resultado ser el latino Apuleyo y el griego Luciano, dos espíritus inquietos de gran cultura y estilo).

legislativa de Antonino Pío, que se propone como ejemplo de gobernante (**Med.** VI, 30) por su sencillez y su capacidad de trabajo. Sabemos que hizo redactar más de trescientos textos legales, de los que más de la mitad intentan mejorar la condición de los más débiles: los esclavos, las mujeres, los niños. Algunos han discutido si sus reformas están fundadas en su credo estoico o en razones pragmáticas. En todo caso no halló en el sistema de la Estoa una solución para gobernar un Imperio, sólo un modo de comportarse con los demás y consigo mismo. Desengañado de los hombres y de la gloria, sin esperar nada después de la muerte, conservó siempre inflexible su dignidad. Así como la tierra le parece un punto en el espacio infinito, la vida humana es un instante en la infinitud torrencial del tiempo, son humo y nada las acciones humanas, y el triunfo sobre los sármatas es como el de una araña que ha cazado una mosca (X, 31; VI, 15; V, 33; X, 10). Esa desesperanza metafísica se empareja con su desesperanza histórica. M. A. no cree en el proceso; piensa que todo se desvanece o se repite sin sentido final.

Uno de sus rasgos más acusados es esa resignación desesperada, tras la que latén motivos



Cómodo, hijo y sucesor de Marco Aurelio en el Imperio. Divinizado como Hércules, con la maza, la piel de león y las manzanas de las Hespérides. (París, Museo del Louvre).

ideológicos de fondo (5) y tal vez una amarga experiencia personal. En su ascetismo y su desprecio de las vanidades mundanas vino Renán un síntoma de la época, que lo relacionaba con los cristianos que tanto despreció. También eso es una muestra de su talante intelectual y estoico. Consideró a los cristianos como una secta de fanáticos orientales, unos posibles enemigos del Estado (al que debía sacrificar su vida un auténtico romano) y permitió las persecuciones de la Galia Lugdunense en 177.

«El arte de vivir —escribe— se asemeja más al de la lucha que al de la danza». Ya desde niño, cuenta el biógrafo de la **Historia Augusta**, fue «**gravis**», «**sine tristitia gravis**», es decir «serio». Esa seriedad deriva en una melancolía que no empaña sus decisiones de gobernante ni su inflexibilidad en la búsqueda de verdad y la bondad con los demás. Hizo siempre lo posible por refrendar la imagen del sabio que se proponía: la del peñasco inmovible bajo el turbulento oleaje. Seguramente no lo lograba del todo y de ahí que en las **Meditaciones** se repita una y otra vez sus consejos y consolaciones (6). Quiso también cumplir la consigna que, en su última noche, diera Antonino al jefe de la guardia: «**Aequanimitas**», «ecuanimidad».

La estatua ecuestre del Capitolio refleja bien su actitud magnánima. Cubierto con su armadura, como **imperator**, tiende la mano en un gesto pacificador. El rostro barbado tiene la prestancia de un viejo filósofo y la mirada serena se pierde a lo lejos, un tanto ensimismada.

ALGUNOS ADMIRADORES Y ALGUNAS NOTAS IRONICAS DE LA POSTERIDAD

Marco Aurelio ha tenido admiradores ilustres. Monarcas de inquietudes filosóficas y de una gran significación histórica, como Juliano el Apóstata y Federico II de Prusia lo apreciaban al máximo. Entre los pensadores y los historiadores que lo elogian debemos citar a Gibbon y Montesquieu, a A. Arnold y J. Stuart Mill, a E. Renán (que lo calificó como «el hombre mejor y más grande de su siglo») y a H. Taine (que dijo que fue «el alma más noble jamás haya existido»). Entre los estudiosos modernos muchos resaltan su grandeza de ánimo y su valiosa actuación histórica.

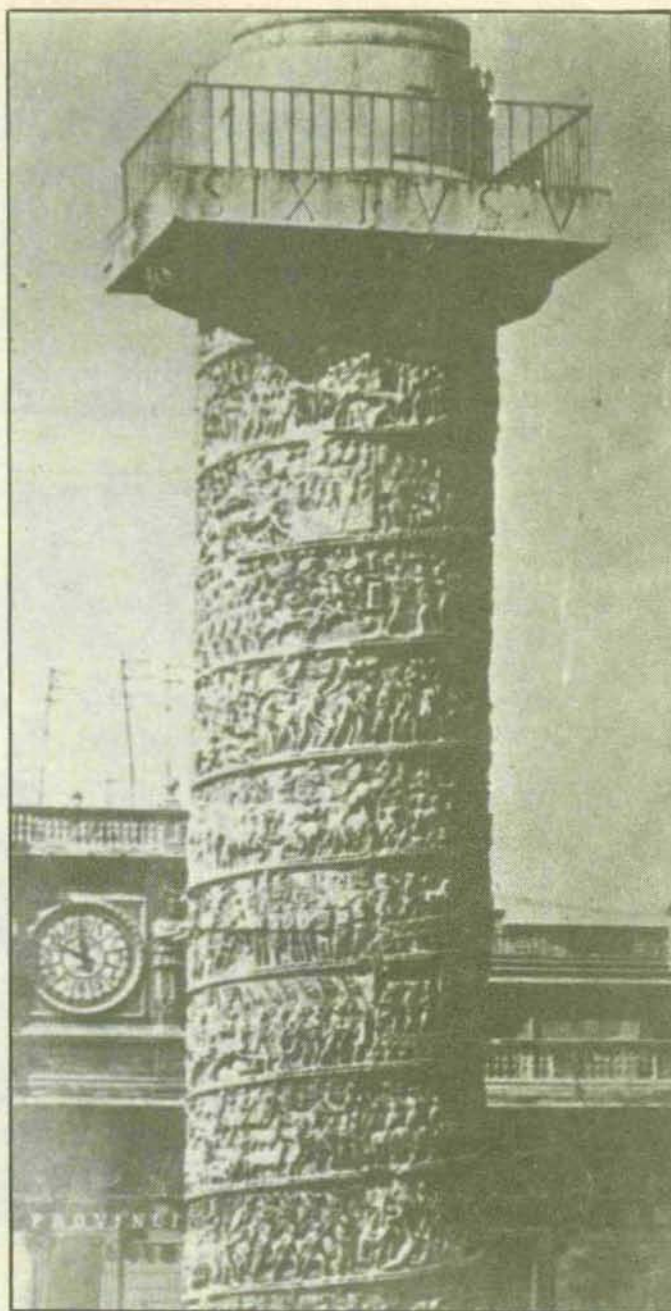
(5) Sobre este punto remito al agudo libro de G. Puente Ojea, **Ideología e historia. El fenómeno estoico en la sociedad antigua**. Madrid, Ed. S. XXI, 1974, esp. pp. 193 y ss.

(6) Entre las traducciones castellanas de las **Meditaciones** citaré la primera, hecha por J. Díaz de Miranda en 1875 con el título de **Soliloquios o reflexiones morales** (que sigue reimprimiendo la «Colección Austral», sin indicar la fecha de su primera edición), y la más reciente, la de R. Bach, **Meditaciones**, Madrid, 1977, «Bibl. Clás. Gredos».

Su influencia en la posterioridad no deja de abundar en detalles pintorescos, como si las ironías del destino le hubieran perseguido tras la muerte. Su obra **Els heautón** se perdió y no apareció hasta mediados del siglo XVI, gracias a la transmisión casual de un único manuscrito en la Edad Bizantina.

Pero antes de la primera edición moderna (en 1558) de las **Meditaciones**, ya era Marco Aurelio una figura popular en la Europa del XVI, gracias al **best-seller** del español Antonio de Guevara **Libro Aureo del Emperador Marco Aurelio** (Sevilla, 1528, reelaborado luego en el **Relox de Príncipes**), una especie de «novela histórica» *avant la lettre*, una hábil superchería que ofreció a los lectores cortesanos de Europa la imagen de un humano y curioso Emperador de la vieja Roma. El libro estaba dedicado, significativamente, al Emperador Carlos V, quien había visto en su viaje a Roma cómo Miguel Ángel había reordenado la plaza del Campidoglio, colocando en el centro la estatua broncea de M. A. (que los cristianos habían respetado porque creían que la efigie era de Constantino). Es también interesante señalar que la famosa pintura de Tiziano «Carlos V eh Mühlberg» parece estar influida por la estatua ecuestre de Marco Aurelio. (Carlos V cabalga sereno contra los protestantes como Marco contra los bárbaros, ¡qué estupenda ironía!).

Es difícil señalar lo que puede significar la figura de Marco Aurelio a los dieciocho siglos de su muerte. Pienso que la filosofía estoica no está de moda, ni esa dedicación heroica del Estado tampoco. Pero, en todo caso, se trata de un personaje histórico de gran atractivo, porque es un tipo de héroe muy poco frecuente en un trono imperial, con su virtud desesperada, sin la ambición y la arrogancia de otros. Es un personaje trágico, que lucha en un mundo que va hacia el crepúsculo, amenazado por los bárbaros, por los cristianos, por la esclerosis y la intransigencia dogmática, por la inelegancia espiritual y la brutalidad y el misticismo. Es una de las últimas figuras occidentales y de talante patricio romano (los provinciales de origen hispánico eran ya más romanos que los mismos aristócratas de vieja estirpe romana); luego llegan llegan los emperadores surgidos en las legiones de Africa y de Oriente. Es una figura un tanto viscontiana, o, mejor dicho, vive en un mundo un tanto decadente, asumiendo la pose de un hombre fiel a las viejas esencias: al racionalismo de la filosofía estoica, a los viejos ritos religiosos, a la intransigencia de lo tradicional ante los turbios movimientos bárbaros de todo tipo. Es-



Vista parcial de la columna de Marco Aurelio, en Roma (Scala y L. Perugi).

taba condenado al fracaso, como cualquier héroe trágico (de Sófocles, por supuesto), pero demostró ante el destino azaroso su temple, sin aspavientos.

Podría servirle de epitafio lo que dice Antonio de Bruto (al final del drama de Shakespeare **Julio César**): «Este fue el más noble de todos los romanos. Todos los emperadores (en el texto de Shakespeare se dice «conspiradores»), menos él, hicieron lo que hicieron por envidia del gran César: él fue uno de ellos sólo pensando honradamente en todos y en el bien común de todos. Su vida fue medida, y los elementos se mezclaron de tal modo en su persona, que la Naturaleza podría levantarse y decir al mundo entero: éste fue un hombre».

■ C. G. G.